

Ver la ciudad, fuera de sus muros.

Erley Alejandro Pérez Colorado
Institución Educativa Ángela Restrepo Moreno
Grado: Décimo
Tallerista: Laura García Guerra

San Antonio de Prado

23 de Septiembre de 2018

Eran las 2:30 de la tarde, un domingo. El sol brillaba en el cielo, no había muchas nubes que pudiesen opacar su luz. Tenía mi vestimenta negra como de costumbre: camiseta, jean roto a la altura de las rodillas, y mis botas ya gastadas de tanto uso. Realmente me gusta usar botas. Salí de casa entusiasmado con una botella de agua en la mano y mi teléfono móvil en la otra, ya que la música no puede faltar en mi vida para acompañar mis momentos. Comencé a subir por la carretera, dando ocasionalmente pequeños saltos rítmicos para acompañar la música.

Unas cuantas cuadras arriba, estaba la entrada a mi destino. Llegué y me paré enfrente del inicio de la calle, que se inclinaba imponente hacia arriba, parecía que quería irse encima de uno. Subí por la calle, que a pesar de estar tan cerca de mi casa, nunca había recorrido. Me parecía interesante la cantidad de personas que vivían en ese lugar que, desde fuera, parece estar poblado por una o dos casas. La calle cada vez se empinaba más, pero yo continuaba subiendo.

Luego de caminar alrededor de veinte minutos, llegué. La entrada a la montaña. El camino dejó el pavimento atrás, como se deja lo que ya no es necesario. Todo se pobló de altos árboles, era magnífico. Seguí el camino de tierra anaranjada. Me sentía bien, entusiasmado. El camino se vio interrumpido por una cerca con alambre de púas. Decidí parar allí, en un pequeño claro que estaba al lado del camino, una zona descubierta que está rodeada de árboles. ¡Vaya vista maravillosa! Nunca había

apreciado mi hogar de tal forma. ¿Cuánto tiempo habría caminado? ¿Una hora, quizá?. No importaba, no me sentía cansado. Al cabo de un rato decidí seguir con mi caminata.

Volví a la cerca y pasé por un lado de esta, aprovechando que había un agujero en la tierra a la izquierda. De nuevo hacia arriba, más adentro de la montaña. El aire se sentía fresco, puro. Inhalaba profundamente, sintiéndolo entrar en mis pulmones, llenarlos y luego volver a salir. Era magnífico estar allí. A medida que avanzaba por el camino se hacía más visible la ciudad, Medellín, de una esplendorosa belleza, capaz de cautivar a cualquiera que se encontrase en mi posición. ¿Cómo es posible que haya vivido tan cerca de este lugar tantos años y nunca antes lo hubiera conocido?

Cuanto más subía, más hermosa se tornaba la vista. No podía creer que este lugar tan maravilloso estuviera tan cerca de mí. Más adelante, me encontré con una torre eléctrica, vi una pequeña mariposa de alas negras con una mancha fucsia en medio, sujeta a una hoja de pasto, moviendo sus patitas rápidamente, quién sabe qué buscaba hacer la señora mariposa, preferí no molestarla y dejarla en su labor, así que continué escalando por la montaña.

Pasé por otra torre de energía, pero esta parecía no haber sido terminada aún, no tenía cableado, ni ningún artefacto que demostrase que estaba en funcionamiento. Además podían verse cajas que contenían piezas de ensamble, tuercas y tornillos. Tal vez están trabajando aún en ella, pero ese día por ser domingo no había trabajadores. Parece que escogí un buen día para salir de expedición, pensé. De momento el camino se llenó de pinos, frondosos e imponentes que creaban una especie de túnel con sus hojas. Todo era espléndido y aunque los mosquitos no paraban de picarme los brazos, no eran mayor problema. Continué subiendo, hasta que el piso de tierra anaranjada desapareció, para transformarse en uno cubierto por el moho y plantas que allí crecieron y se adueñaron del lugar. Ya no podía ver la ciudad, los árboles no me permitían hacerlo, parecía como si hubiese entrado, de momento, a una jungla.

Las plantas cubrían completamente el suelo, podía escuchar correr el agua de un riachuelo, pero no se veía. Tuve que agacharme un par de veces para pasar bajo las ramas que se atravesaban en el camino. No podía creer que en serio estuviera

viviendo esto. El aire era demasiado fresco, nunca antes había respirado un aire tan puro como el de aquella montaña. El cielo se había nublado hacía ya mucho, pero no le presté atención, tanta era mi excitación, que la amenaza de que me atrapara la lluvia estando tan lejos de mi casa - porque vaya que estaba lejos - no me preocupaba.

La cima de la montaña se veía tan cerca, era fantástico, como salido de un documental de NatGeo. Subí tan alto como pude, hasta que el camino no me dejó por donde transitar. ¿Quiénes hicieron estos caminos?, me pregunté estando allí, ¿Cuántos años tienen? Muchas preguntas llenaron mi cabeza, pero no era momento de responderlas, el cielo se había oscurecido más y el camino de bajada iba a ser largo. No quería que me atrapara la noche estando en la montaña. Así que emprendí el viaje de regreso.

Pasé de nuevo bajo las ramas de pino, escuché el riachuelo, observé una vez más la torre a medio construir, me encontré con la señora mariposa, que ahora se aferraba a un trocito de madera, pasé por un lado de la cerca de alambre, me encontré con el claro donde antes había descansado, volví a la carretera y bajé con entusiasmo, bailando a ritmo de Ska. Fue un día inolvidable, pensé al llegar a casa, quién diría que dentro de este valle se encontrarían cosas tan maravillosas, recordaré siempre las flores amarillas, moradas, rojas, las hojas verdes, anaranjadas y cafés, el cántico de las aves, el representativo "cri-cri" de los grillos, y el orgullo que siento de saber que de esas montañas provengo, esas, llenas de numerosos animales y plantas, esas, llenas de vida.